

La Julieta de Beethoven

CUANDO, el día 26 de marzo de 1827, Beethoven abandonó esta vida, entre relámpagos y truenos, ninguna mano de mujer le acariciaba. No lloró su muerte ninguna piadosa amante. El había amado mucho; pero no fué correspondido. Su gran infortunio consistió en que aquel purísimo corazón encendido de tantos amores y de tantas bondades no hallaba el latido compañero. Cayó en el lecho de muerte como un fiero guerrero que sucumbe en el campo de batalla, y en la cámara mortuoria no se oyeron lamentos desgarradores de esposa.

¿No fué amado Beethoven? El noble maestro, que tantas, tan dulcísimas y profundas emociones derramó en el alma femenina, no paladeó las mieles del amor.

Dice André de Hevesy en su precioso libro "Vida íntima de Beethoven", que acaba de traducir al castellano Enrique Ruiz de la Serna, que la gran pasión de Luis van Beethoven, el "español", como le llamaron en su niñez por sus cabellos negros y encrespados y su tez cetrina, fué la hermosa Julieta Guicciardi. ¿Cómo conoció el genial músico a esa criatura sin comprensión y sin corazón, esa hada desdeñosa, que seguramente fué la musa que inspiró muchas de las sublimes creaciones que han sido después encanto y asombro del mundo?

Beethoven daba lecciones de música en Viena a las hermanas Teresa y Josefina Brunswick. Julieta Guicciardi, que era prima de estas buenas amigas del músico inmortal, llegó en 1798 a la capital de Austria y fué una de las más asiduas oyentes de las veladas musicales de las señoritas de Brunswick. No tenía todavía veinte años y parecía un pajecillo. Era esbelta, morena, pálida, con los ojos azules y los cabellos cortados a ras del cuello, "a la guillotina", como entonces se decía, una cosa parecida a la actual moda femenina de llevar el pelo. Sus predilecciones eran el canto, las flores, los vestidos vaporosos...

Y aquel hombre hurraño, irascible, alma triste, cuerpo dolorido, a quien ya habían comenzado a atormentar los dolores del oído, se prendió de Julieta con un tierno amor, que fué a trocarse pronto en más dolores que conturban su ánimo.

Y cuenta Hevesy que en el verano de 1801, en el castillo de Korompa, no muy lejos de los Cárpatos, en aquellas animadas noches estivales, floreció el amor de Beethoven a su Julieta divinizada. Parece que allí, bajo los tilos, en la noche magnífica y perfumada, nació la esperanza en el pecho del infortunado amante, porque la señorita de Guicciardi, coqueta, sensual, desenvuelta, se dejó abrazar y besar por el músico, cuyo talento deslumbraba un poco a las muchachas, pero cuya fealdad de hombre inspiraba desdenes.

Abandonó Beethoven el castillo y escribió a su Julieta apasionadas cartas de amor.

No hay duda acerca de este amor, pues en noviembre de 1801 escribió a su amigo Wegeler para notificarle que amaba a una muchacha adorable, hechicera, y que era amado. "Gozo al fin de unos momentos felices, y por primera vez en la vida creo que el matrimonio puede hacerle a uno dichoso. Lo peor es que yo no soy de la misma clase que ella, por lo cual no es probable que por ahora podamos casarnos."

La condesita Julieta, a quien su rendido enamorado Luis van Beethoven había dedicado la "Sonata quasi una fantasía", con estas palabras: "Alla damigella contessa Julietta Guicciardi", olvidó en Viena los desvaríos románticos del castillo de Korompa, desoyó las ardientes súplicas de aquel pobre novio sin fortuna y sin figura para los salones y se casó el día 30 de noviembre de 1803 con el conde de Gallenberg, que era joven, apuesto y... ¡noble por la cuna!

Antes la condesita Julieta había devuelto las cartas a Beethoven, y allí entre sus papeles fueron halladas, después de muerto el inmortal autor de las "Sinfonías". Eran tres, escritas con lápiz, en hojas de papel veteado, y actualmente pertenecen a la Biblioteca de Berlín. El libro de Hevesy las transcribe íntegras.

Lo que no consiguió la tornadiza señorita de Guicciardi es que el traicionado amante le devolviera una miniatura de su efigie, adorada por Beethoven quizá hasta el borde de la sepultura, pues fué hallada en su alcoba, en un mueblecillo casi al alcance de su mano.

Junto a su fosa se dijo: "Las espinas de la vida lo hirieron profundamente, y como el naufrago se precipita a la orilla, así él se arrojaba en vuestros brazos, hermano sublime de la bondad y de la verdad, consuelo de todo dolor, arte que viene de lo alto..."

¿Quién sabe si la Humanidad debe algunas de las sublimes creaciones musicales de Luis van Beethoven a la volubilidad de aquella damisela, que hirió tan despiadadamente corazón tan excelso después de inundarle de resplandor de alegría y de esperanza con aquellos desmayos románticamente voluptuosos en las tupidas arboledas del parque señorial, sobre el que fulguraban las estrellas misteriosas!

¡Cruel Julieta que ya muy vieja decía con tono compasivo que Beethoven había sido su "profesor de música; un hombre de elevados sentimientos, pero... ¡qué mal vestía!"

Francisco ESCOLA.

SAL DE OTROS MARES

—¿Te ha dicho Romualdo que el viernes robó del almacén del Ayuntamiento una boca de riego?

—Nada me ha dicho y lo comprendo.

—¿Por qué?

—Porque ¡cómo va a decir esta boca es mía?

□

Siendo perseguido un caco por dos guardias civiles por haber robado un reloj y temiendo leieran alcance, entregó el reloj robado a un astroso mendigo que encontró cerca; éste, entre escamado y asombrado le preguntó al caco: ¿Se trata de una acción benemérita?; a lo cual responde el caco: No; se trata de la Benemérita en acción.

□

—En qué se parece una joven que se casa a una artista debutante?

—En que está *azaharada*.

□

—¿En qué se parece un tranvía descarrilado a una casa con ratones?

—En que los dos necesitan *gatos*.